

José A. Alfonso

8

Los
Partidos políticos
de Chile

PUBLICADO EN LA REVISTA

"VIDA MODERNA"

DE MONTEVIDEO, s. f.

José A. Alfonso



Los
Partidos políticos
de Chile

PUBLICADO EN LA REVISTA

"VIDA MODERNA"

DE MONTEVIDEO

Jose A. Alfonso



Los
Partidos políticos
de Chile

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA I LITOGRAFIA ESMERALDA

30 — BANDERA — 30

16907

DE MOZTEVEDO

LOS PARTIDOS POLÍTICOS DE CHILE

I

BOSQUEJO JENERAL DE LOS PARTIDOS (1)

No son ya dos ciertamente, como antaño, los partidos que se dividen el sentimiento político de la nación. Si es verdad que del antiguo e histórico partido pelucon, ultramontano o conservador—como sucesivamente se le ha llamado—no han brotado nuevos troncos con autonomía propia, no lo es ménos que el árbol mas jóven—conocido primero con el nombre de pipiolo i con el de liberal despues—mas rico de juventud i de fecunda savia, ha jermidado con tanta fuerza que de él se han desprendido brotes lozanos, que luego han aspirado con éxito a la separacion i a la individualidad.

Los primeros años de la República, los años de sucesiva i permanente organizacion, atraidos todos los esfuerzos a la implantacion definitiva del Estado, dominó lójicamente la forma mas sencilla de la organizacion política: los dos fundamentales i tradicionales partidos, el conservador i el liberal, equilibrándose i contrapesándose, mantenian el fiel de la balanza. Pero cuando el Estado chileno pudo ya considerarse sólida i definiti-

(1) Hemos recopilado en el presente folleto dos artículos publicados sucesivamente en los números de diciembre i enero últimos de la acreditada revista de Montevideo VIDA MODERNA. Destinados esos artículos para el lector extranjero, hemos debido considerar el estudio de nuestros partidos dentro de sus lineas mas jenerales i comprensivas, prescindiendo por lo regular de mayores detalles i especificaciones, que poco o ningun interes ofrecen a ese mismo lector.

vamente constituido, cuando ideales mas avanzados de perfeccionamiento social o político comenzaron a jermnar en cerebros progresistas, nació tambien una fórmula política mas avanzada, i el partido radical, que la encarnó, comenzó, en busca de prosélitos, a ajitar la opinion pública. El exceso de autoritarismo, que tan netamente caracterizó el período presidencial de don Manuel Montt (1851-1861), contribuyó poderosamente a la aparicion, como contragolpe necesario, de una fórmula política de tendencias mas concretas i acentuadas hácia la libertad i la justicia en sus distintas manifestaciones.

Pero, a la vez que el réjimen de autoridad i de compresion que imperó durante el decenio indicado, orijinaba en el horizonte político los primeros albores del radicalismo chileno, dejaba tras de sí, cristalizado por la alta temperatura política en que se desarrolló, un nuevo partido, formado con elementos heterojéneos, liberales i conservadores, pero estrechamente unidos por la tradicion de un nombre i de una época. El monttvarismo, o mas exactamente, montismo, existió desde entonces. Fué inútil que a la nueva colectividad partidarista se le quisiera tambien bautizar con la designacion de *partido nacional*. Sabe mui bien el sentimiento público que lo que domina en esa colectividad es una tendencia marcadamente personal, i no ideales fijos i precisos de perfeccionamiento social o político. Tuvo ese partido- por base el respeto al réjimen de la autoridad, ya por nadie discutido ni ménos desconocido.

Constituido el partido radical con una base ampliamente democrática i popular, colmó, por lo mismo, las aspiraciones de los espíritus independientes i progresistas. Necesidades nuevas, sin embargo, i cada dia de mas distinto carácter, horizontes políticos nuevos tambien, que se abren i se dilatan al calor de múltiples ideales, han constituido un nuevo partido popular, el partido demócrata, que aspira a la mas amplia libertad i bienestar de las clases trabajadoras.

Una época sangrienta, en fin, abriendo ancho surco de separacion en la familia política chilena, dió por resultado un nuevo partido, el liberal-democrático, formado por los tercios vencidos en los campos de la opinion primero i en los campos de batalla despues, en el año por siempre memorable de 1891.

Tal es actualmente, en resúmen, el mapa político de la nacion. No hemos aludido de intento a la formacion ocasional de ciertas fracciones dentro del partido liberal, porque no alcanzan a constituir sustancial ni organicamente colectividades políticas con personalidad o ideales propios. Tendríamos, aun mas, que hacer cierta salvedad respecto de uno de los partidos que como a tal hemos contemplado, en el sentido de negarle algunos de

los atributos que real i filosóficamente constituyen al partido político. Ello será, sin embargo, materia de observaciones posteriores.

Nuestro propósito es solo desarrollar en sus puntos mas salientes los rasgos característicos de cada uno de nuestros partidos. Nos limitaremos, pues, ordinariamente a observaciones de carácter jeneral, que son tambien las que mas pueden interesar al lector extranjero, para quien se escriben estas líneas.

II

EL PARTIDO CONSERVADOR.—EL ESPÍRITU CONSERVADOR DEL COLONIAJE.—ACTUACION IMPORTANTE DE ESTE PARTIDO.—LA CONSTITUCION DE 1833.—EN EL GOBIERNO I EN LA OPOSICION.—ERROR POLÍTICO I QUEBRANTAMIENTO DEL PARTIDO CONSERVADOR.—EL CLERICALISMO.

El partido conservador, el primero en el órden cronológico, es el que tiene sus raices mas a fondo en el subsuelo político de Chile. Su oríjen, su lenta i perezosa formacion hai que ir a buscarla en la época del coloniaje. El espíritu que informó esa época fué, en efecto, el respeto al pasado, al hecho existente o consumado, i la desconfianza o el temor a las reformas i al progreso. Fué ése un período de somnolencia, dominado por el peso enervante de la tradicion o de la rutina. El conservantismo, en su mas lata i jenuina acepcion, preponderó, pues, entónces con poder absorbente i avasallador.

Los primeros síntomas del despertar político, los primeros lampos de luz, el parpadear del progreso i del sacudimiento de las seculares instituciones coloniales, hemos de ir a buscarlos en la época de la revolucion de la independendencia i en el tiempo que inmediatamente le precedió. El espíritu del coloniaje, esencialmente conservador i respetuoso del pasado, era natural i necesariamente refractario a todo movimiento que significara un trastorno de las instituciones establecidas. La revolucion de la independendencia fué, en consecuencia, un movimiento de reforma, de progreso, *liberal*, en una palabra. I, en el hecho i por regla jeneral, le fué hostil el espíritu netamente conservador, con el clero por punto de apoyo, como que era su núcleo i su eje principal.

Pasado el trastorno revolucionario, desligado este pais de la madre patria, afianzadas, por lo ménos relativamente, las insti-

tuciones nacionales, los elementos liberales, que habian tenido períodos alternados i pasajeros de preponderancia i de poder, fueron por fin vencidos en el memorable combate fratricida de Lircai (1830). Ello fué, si bien se mira, natural: el equilibrio volvía a restablecerse; la mayoría numérica i la mayoría del prestigio social i de la riqueza volvían a tomar sus fueros, arrollados i confundidos por el trastorno revolucionario de 1810 i por la época que inmediatamente le siguió. Ello era tambien necesario, sociológicamente hablando. El período, en efecto, de conmociones violentas que produjo la emancipacion nacional habia traído como natural consecuencia cierta anarquía, cierta inestabilidad social i política, que estaba pidiendo una mano firme i sólida que se impusiera a los encontrados intereses i a las ambiciones contrapuestas. La opinion pública, cansada de cambios i de trastornos, exijía que definitivamente se encarrilara la nave del Estado. El poder mas sólidamente organizado que habia entonces era el poder conservador, i fué ese poder el que se impuso en los campos sangrientos de Lircai.

El gobierno conservador dedicó su principal atencion a afianzar indestructiblemente los cimientos del Estado i dictó la famosa Constitucion de 1833, la que, con algunas reformas, impera todavía. Promulgada para salvar una época de conmociones i de quebrantos, tenia que ser, como lo fué, un código de férrea solidez. El poder central, el Presidente de la República, fué investido de grandes i absorbentes facultades. La vida nacional desde entónces se orijinó, puede decirse, en ese alto funcionario i a ese alto funcionario refluía. Fué el Presidente un verdadero monarca sin el nombre de tal. Con semejantes vastas facultades, cesaron las ajitaciones i se constituyó definitivamente el Estado. Fué esa, sin duda alguna, la obra culminante del partido conservador.

La Constitucion de 1833, en toda su absorbente forma primitiva, fué, si bien se mira, una sabia i adecuada transicion entre el réjimen absoluto del monarca español, imperante en la colonia, i el gobierno popular i verdaderamente republicano a que poco a poco van alcanzando los países de este continente. Sin preparacion liberal i republicana, no era prácticamente realizable dar a Chile, como noblemente lo pretendió la Constitucion efimera de 1828, instituciones de gobierno, aceptables teóricamente, pero adecuadas solo a colectividades de una mas avanzada evolucion política i social.

Dentro de este órden de ideas, no fué, pues, tan absurda como a primera vista pudiera parecerlo, la idea del jeneral i libertador San Martin de someter a esta república a una monarquía constitucional, bajo la éjida de algun distinguido principe es-

tranjero. Su buen juicio i su clara percepcion le hacian ver los peligros de la transicion brusca del réjimen absoluto al réjimen republicano, peligros que sufrieron todas las repúblicas de este continente i que desgraciadamente todavía sufren algunas, con escepcion solo del Brasil, la única nacion sud-americana que, emancipada, se constituyó, no en república, sino en monarquía constitucional.

El poder conservador de 1833 se colocó en su época i dictó una constitucion para su época, semi-monárquica, o, mas bien, en el fondo monárquica i en la forma republicana. Ese es su gran mérito i el secreto de su éxito: haber adecuado la lei a la costumbre.

El partido conservador, residuo, puede decirse, del antiguo espíritu español i punto de union de la república con la monarquía, se mantuvo en el poder, afianzando las instituciones i dándole estabilidad al Estado, hasta los primeros tiempos de la administracion de don Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876), aliado al fin con los liberales. La transicion hácia el liberalismo se iba, pues, produciendo. Por esos años, la idea liberal habia abierto ancha brecha en el pais, lo que en parte se debió al período de paz i de libertad de que disfrutó la República durante la bienhechora administracion de don José Joaquin Pérez (1861-1871). Constituido definitivamente el Estado, estinguido hasta en su raiz el espíritu de revuelta revolucionaria, habiendo tomado el elemento civil una preponderancia incontrastable, el partido conservador habia llenado su mision i la opinion pública pedia ya reformas liberales, la reforma misma de la Constitucion en su parte mas absolutista e intransijente. Precipitó la caida de los conservadores la desorganizacion que, so pretexto de libertad, quisieron introducir en la enseñanza nacional.

En la oposicion, como era de esperarse, el partido de la tradicion se hizo reformista, a fin de atraerse el aura popular, i tan reformista, que prohibió reformas sostenidas por los mismos radicales. Especialmente se dedicó a dar aire al principio relativo a la libertad absoluta de la enseñanza, libertad de la cual, aquí como en todas partes, los conservadores se acuerdan cuando estan abajo i nunca cuando, desde el poder, disponen de la enseñanza.

Solos o en compañía de los mejores elementos liberales, los conservadores mantuvieron viva campaña en la oposicion, especialmente contra los avances autoritarios o inescrupulosos de los gobiernos liberales de Santa María i Balmaceda, hasta que por fin la dictadura de este último mandatario, impuso, para combatirla i derribarla, la alianza estrecha de los conservadores, radicales i de los mas sanos i prestigiosos elementos libera-

les, lo que en conjunto representaba aproximadamente las tres cuartas partes de las fuerzas políticas del país.

Derribada la dictadura de Balmaceda en Agosto de 1891 por las fuerzas combinadas de los partidos unidos, volvieron popularmente los conservadores al poder en el gobierno triunfante de don Jorje Montt. En él se mantuvieron por corto tiempo, coaligados con los elementos liberales que habian hecho la revolucion, para volver despues al gobierno, mas a firme i con mayores facultades, conjuntamente con algunos partidos liberales, en la presidencia de don Federico Errázuriz Echáurren (1896-1901)

Puede decirse que en esta última presidencia hizo crisis el partido conservador. Ellos, los conservadores, que durante muchísimos años habian gritado de voz en cuello, desde los bancos de la oposicion, en pro de la moralidad i de la correccion política i administrativa, levantaban i mantenian, con una fidelidad digna de mejor suerte, el gobierno acaso mas jeneralmente impopular que ha habido en Chile, durante el cual sufrieron los mas sérios quebrantos esas mismas correccion i moralidad tan pregonadas.

Por otra parte, el conservantismo, durante esa misma presidencia, dió pruebas de una gran escasez de hombres preparados para dirijir con tino i acierto los negocios públicos.

Como consecuencia lójica e inevitable, el país i muchos de los mismos conservadores perdieron la fé en hombres que no correspondian al gobierno de un país ni a los anhelos por tanto tiempo aclamados i repetidos desde las filas de la oposicion i desde las columnas de la prensa.

Lójicamente tambien, se produjo el quebrantamiento del hasta entónces sólido i férreo partido conservador. Se levantaron, en efecto, justas quejas en el propio bando conservador, contra la inepta direccion del partido, que por una partija i por el afán del poder, con mengua de sus ideales i cegado por el falso miraje de un utilitarismo inmediato, se habia lanzado en la aventura de un gobierno impopular, que nació envuelto en inmoralidades políticas, a las cuales en parte debió la insignificante mayoría que alcanzó en la batalla electoral de 1896. El país le achacaba a ese partido, i con sobradísima razon, el haber cometido el error político de haber hecho viable un gobierno que no correspondia a los anhelos de los elementos mas sanos de la opinion pública, ni a los intereses permanentes i mas sagrados de la nacion.

Esa opinion pública, en el momento en que se dejó oír concretamente, o sea en las elecciones presidenciales de 1901, en las que, por un lado con el señor don Pedro Montt, como candidato, campeaban los elementos políticos que habian servido de

punto de apoyo al presidente señor Errázuriz Echáurren, i por el otro, con el señor Jerman Riesco a la cabeza, los elementos que constituian la reaccion contra la política de aquel majistrado— esa opinion, decimos, se manifestó contraria, en su inmensa mayoría, a la política hasta ese momento imperante, en términos de constituir su estallido electoral una verdadera *débacle* para los conservadores i sus aliados. Fué tan enorme la manifestacion popular de 1901, que sobrepasó aun a los cálculos mas optimistas de los partidarios de la candidatura de don Jerman Riesco, sostenida por la alianza liberal. No se recuerda en Chile un fiasco electoral mayor que el sufrido entónces por los partidarios del señor Montt. Fué ese fiasco la condenacion mas significativa i esplicita de una política que caia destrozada i con todos los sintomas de la descomposicion. Se podrá defender esa política con argumentos fútiles de todo linaje, pero no se podrá destruir el hecho ni borrar la manifestacion elocuente de la inmensa mayoría del pais.

Con motivo de los desaciertos cometidos por el partido conservador, su unidad—lo hemos dicho ya—en parte se quebrantó. Debe tambien buscarse una causa de ese quebrantamiento en las coaliciones que con alguno de los elementos liberales ese partido mantuvo en el gobierno en los últimos tiempos. Estos maridajes híbridos siempre traen dibilidad para las doctrinas i enfriamiento del entusiasmo partidarista de los caudillos i de la tropa.

Con el triunfo de Riesco en 1901, el partido conservador volvía a la oposicion, pero desprestijiado ante la opinion pública, i, lejos de procurar rehabilitarse ante esta opinion, ha sido a veces un obstáculo para la adopcion de medidas tendentes a depurar la administracion pública, que la dejó profundamente viciada el gobierno liberal-conservador de Errázuriz Echáurren.

La tenaz campaña sostenida últimamente por los conservadores en el Congreso i en la prensa, contra el proyecto de la enseñanza primaria obligatoria, i obligatoria todavia solo dentro de ciertos límites adecuados a las posibilidades del pais, ha aumentado las desconfianzas con que se le mira. Comprendiéndolo sin duda así, ha tratado a toda costa de volver de nuevo al gobierno, a fin de tener mayores probabilidades de éxito en la campaña electoral de marzo próximo, que dará por resultado la renovacion del Congreso. I, al efecto, ha pactado una alianza con el partido liberal-democrático o balmacedista, alianza que significa la vuelta a la direccion de la cosa pública de la coalicion liberal-conservadora, que cayó despedazada hace poco mas de un año a los golpes del desprestijio público. I tan enorme fué el desprestijio que hoi, no obstante esa alianza, no se ha atrevido

el partido conservador a ir francamente al gobierno, con las carteras ministeriales que de derecho le corresponden. Se mantiene en segundo término, sosteniendo una situación artificial, i contribuyendo, por un interés principalmente electoral, al gobierno de la República.

Uno de los caracteres del partido conservador es su relación estrecha con los sentimientos e intereses religiosos, i es así como el clero es una de las bases constitutivas del partido. Es ésta una circunstancia que tampoco lo prestigia ante la opinión general, la cual se pronuncia mas i mas en el sentido de separar los intereses religiosos i permanentes de los intereses políticos i transitorios. Por otra parte, las concomitancias de lo religioso con lo político producen el natural resultado de aplicar a la contemplación i resolución de los asuntos políticos el absolutismo i la intransigencia propios casi siempre de los asuntos del orden religioso, peligro que los países con razón temen.

I, en el hecho, domina en la marcha i resoluciones del partido conservador la voz de la autoridad i no la de la democracia del partido, la cual en general hasta aquí se ha dejado conducir. Es esta verdadera tiranía doméstica una de las causas del descontento, de la escisión de algunos elementos jóvenes i mas independientes del partido.

Puede, pues, decirse que el partido conservador está actualmente en decadencia, por obra, en primer lugar, del espíritu general de los tiempos, i por obra, también, de la poca o ninguna habilidad de que ha dado pruebas en el gobierno de la República i de la poca fé que inspiran sus programas.

Los elementos conservadores contrariados con la marcha del partido, que son de alguna significación ¿se plegarán definitivamente al liberalismo moderado, o formarán el núcleo de un nuevo partido conservador, mas lleno de savia joven i progresista, desprendido de esa sombra del manzanillo que para los partidos políticos importa el elemento clerical, o, por fin, volverán a su centro primitivo de acción? Solo el tiempo podrá determinarlos, aun cuando seria de desear, en bien de la República, que ese elemento descontento fuera poco a poco constituyendo el núcleo de un partido conservador laico i rejuvenecido, mas sinceramente progresista i, por lo mismo, mas popular. Hai algunos síntomas que así harían presumirlo, aun cuando nos tememos que, por lo pronto al ménos, las débiles aspiraciones que en ese sentido se notan sean sofocadas por las fuerzas todavía preponderantes del añoso i clásico partido. Pero, si no hoy, mañana tendrá que pronunciarse, a impulso de los vientos de la época, un movimiento semejante, mas acentuado i decisivo, que lleve en sus robustas ondas la fuerza impulsiva del éxito.

III

EL LIBERALISMO I SU PRIMER DESTELLO.—LA CONSTITUCION DE 1828.—LA JORNADA DE LIRCAI.—EL PRESIDENTE PÉREZ I LA TRANSICION AL LIBERALISMO.—IMPERIO DEL LIBERALISMO.—REFORMAS POLÍTICAS.—LA GUERRA DEL PACÍFICO.—DIVISION I DEBILIDAD DEL PARTIDO LIBERAL.

La idea liberal, en su mas lata i jenuina acepcion, puede decirse que estalló en el pais con el primer grito lanzado, a principios del siglo XIX, por la independenciam nacional. Ese primer grito de rebelion, de reforma, de libertad i de progreso fué, en efecto, antagónico al sistema tradicional, al sistema esencialmente conservador de la colonia. Hecha la revolucion de la independenciam, repercutiendo todavia por doquier los ecos del gran trastorno i del odio al réjimen español, flotando en la atmósfera política ideales de reforma, pudo aparentemente creerse que el liberalismo arraigaria en el pais, tanto mas cuanto que el sistema establecido republicano de gobierno era un sistema por su esencia liberal. En esta creencia, el partido liberal dictó la progresista Constitucion de 1828. Hemos ya aludido a las causas que trajeron por consecuencia la abrogacion de ese Código Fundamental a los cinco años de haber sido promulgado. El partido liberal, pues, con sus nobles i avanzados ideales de reforma, no pudo preponderar sobre los elementos conservadores del pais, en mayoria, elementos que volvieron a tomar su nivel colonial, por decirlo así, una vez pasado definitivamente el período revolucionario de la emancipacion nacional i el de agitacione i desorientacion política que inmediatamente le siguió. Fué, pues, vencido ese partido en el memorable combate fratricida de Lircai, i no vuelve a aparecer con cierta estabilidad en el gobierno sino muchos años despues, durante la presidencia moderada i transijente de don José Joaquín Pérez (1861-1871) i en alianza con los conservadores.

Despues del gobierno de don Manuel Montt (1851-1861), período ajitado por convulsiones internas i por la resistencia tenaz de una parte considerable de la opinion pública, i a que mas adelante especialmente nos referiremos, imponíase, por natural evolucion i por las exigencias supremas de la tranquilidad pública, hondamente perturbada, imponíase, decimos, un go-

bierno que se inspirara en un espíritu dúctil de paz i de concordia, i este espíritu admirablemente lo encarnó el distinguido hombre público don José Joaquín Pérez, cuyo temperamento tranquilo i cuyo profundo buen sentido prometían días de prosperidad i bienandanza para la República chilena.

Orientó, en efecto, el presidente Pérez su política hácia un campo mas popular; se desprendió de los elementos gastados del anterior gobierno autoritario, i tendió francamente su mano a los liberales. Fué ese, como debía por otra parte naturalmente ser, un período de transición, en que, desde el gobierno, se equilibraban en el país las influencias conservadora i liberal, período de reconstitución, podemos decir, de la familia política chilena, período de amplia libertad, en que se delinearon mas netamente los partidos, en que recuperaron sus fuerzas i autonomía, i en que surgió ya formada una nueva colectividad política, con ideas avanzadas i para entónces atrevidas, el partido radical. Podía, pues, ya predecirse el triunfo definitivo de las ideas liberales, o sea, el gobierno jenuino i totalmente liberal.

Llegaron, en efecto, ese triunfo i ese gobierno durante la presidencia de don Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876). El país, acostumbrado ya a la ilimitada libertad que durante la administración anterior había gozado, deseaba también en el gobierno un rumbo mas franco i acentuadamente liberal. Hasta entónces había gobernado i gobernaba la alianza liberal-conservadora, alianza adecuada para un período de transición como el gobierno de Pérez; pero, a la larga, ineficaz i hasta perjudicial por la falta de rumbos i energía política que siempre importa el maridaje de ideas i anhelos contrapuestos. Es cierto que el Presidente Errázuriz había subido al poder en brazos de esa alianza; pero, con carácter de gran político, se desprendió de ella tan pronto como se convenció de que la opinión jeneral le era adversa. No pueden, en efecto, subsistir los compromisos políticos, con los partidos o con los individuos, mas allá del interés público, mas allá de las conveniencias bien entendidas del país. El gobernante que antepone a ese interés i a estas conveniencias sus compromisos políticos o personales, no cumple con su deber ni es digno de su misión.

El Presidente Errázuriz, impulsado por la opinión pública i por la gloria de su gobierno, sellaba con don Manuel Antonio Matta, jefe del radicalismo, la alianza liberal-radical, que derrocó a la alianza liberal-conservadora, i un representante del partido radical llegaba por primera vez al gabinete a formar parte del gobierno de la República (1875). Es esta evolución, sin duda alguna, uno de los puntos culminantes de la historia polí-

tica chilena. Ella importaba un cambio de frente, nuevos horizontes, nueva i fecunda orientacion política.

Quedaba, pues, en aptitud el gobierno de dar un impulso acentuado i vigoroso a las ideas progresistas i a las reformas civiles, que eran su natural consecuencia. Era éste el papel que le estaba naturalmente reservado al gobierno de don Anibal Pinto (1876-1881), repúblico modesto, de carácter catoniano, de ideales avanzados i deferente siempre a la opinion pública.

Desgraciadamente para el efecto contemplado, una aguda crisis económica, primero, i dificultades internacionales, despues, dieron otro rumbo a la actividad de ese histórico gobierno. Cúpole entónces a la alianza liberal-radical dirigir los negocios públicos en el período internacional mas álgido i brillante de nuestra historia, i quedaba el gobierno de la República cubierto de gloria con la captura de Lima i con el término feliz de la guerra, para Chile homérica, contra el Perú i Bolivia.

Será siempre motivo de admiracion para el historiador cómo pudo Chile, sin quebrantar su administracion interior i sin limitar ni en un ápice ninguna de las libertades públicas, llevar a cabo, con creciente éxito, una campaña relativamente colosal, en medio de una atmósfera interna no siempre tranquila, ya que en algunas ocasiones llegó a ser álgida i amenazante. Ello era resultado, sin duda alguna, de la entónces excelente administracion pública, de la sabiduría i prudencia de su primer magistrado i del buen sentido jeneral del pueblo chileno.

Nunca estuvo el liberalismo más sólidamente constituido que a raiz de la guerra contra el Perú i Bolivia, ni nunca, en consecuencia, se presentó para el Presidente de la República una situacion políticamente mas definida.

Bajo estas favorables condiciones, subió al Poder el presidente don Domingo Santa María (1881-1886), personalidad resaltante del partido liberal i que fué elevado a la primera magistratura por esa misma alianza liberal-radical, que tan brillante etapa acababa de hacer en la administracion anterior. Las reformas liberales del matrimonio i del registro civil i de los cementerios laicos, cuyo terreno estaba ya preparado, se hicieron efectivas bajo la presidencia de Santa María. Ya algunos años ántes, gobernando Errazuriz, había comenzado la era de estas reformas, con la abolicion del fuero eclesiástico, abolicion que trajo por consecuencia que la autoridad eclesiástica fulminara el entredicho contra el Presidente, ministros i congresales que la habían llevado a cabo. Todas estas reformas civiles produjeron vivísima agitacion en el campo conservador; pero fueron amparadas i defendidas por la mayoría de la opinion consciente e ilustrada.

Si es cierto que el Presidente Santa María estaba animado de un espíritu progresista, si, por lo mismo, dedicó especial atención al adelanto de la instrucción pública, haciendo venir del extranjero maestros competentes, que imprimieron nuevos i fecundos rumbos a la enseñanza, no lo es ménos que tenía una conciencia política inescrupulosa, que lo cegaba su vanidad i que lo perturbaban las contradicciones que encontraba a su paso i que él mismo, por su falta de tino, se creaba. Pertenecía el Presidente Santa María a la antigua escuela del político, que ha pasado tiempo ha de moda en los países mas civilizados i que ya comienza a pasar tambien de moda en éstas por lo jeneral revueltas colectividades sud-americanas. Nos referimos a la escuela que constituye al político suspicaz, intrigante, que se pasa de listo, lleno de recursos de bastidores o de maniobras subterráneas, a la escuela que produce ese político hábil para el vulgo, pero detestable para la ciencia política i para el gobierno de los pueblos, especialmente para el gobierno de las democracias. Le pasó al Presidente Santa María lo que era lójico i, por lo mismo, inevitable que le pasara, le pasó lo que les ocurre siempre a esta especie de políticos: se enredó en sus propias redes, creándose dificultades de toda especie i una oposicion formidable.

En su carácter de mandatario inescrupuloso, autoritario i arbitrario, i, por lo mismo, antiliberal, en el verdadero sentido de esta palabra, mui luego lo abandonaron los radicales i la parte mas granada e importante del partido liberal. Echó mano entónces el Presidente a los elementos de segundo o tercer órden del liberalismo i pretendió anarquizar i dividir los partidos históricos. Desde entónces se orijina el quebrantamiento del partido liberal, i entónces tambien el personalismo vuelve a hacer su aparición en la direccion política del Estado. En esta administracion de Santa María debe buscarse el punto de arranque de las desgracias que habrían de sobrevenir al país en el gobierno que le sucedió. La responsabilidad de estas desgracias cae, pues, en primer término, sobre al mandatario que arrojó al surco la mala semilla, sobre el mandatario que introdujo el personalismo en el Poder i que absorbió las facultades inherentes a los partidos i a otras instituciones públicas.

La designacion de un candidato oficial del Presidente para sucederle—candidato que desde su propio puesto de Ministro del Interior montó en su provecho e indebidamente la máquina electoral—la designacion de ese candidato oficial, decimos, estrechó la oposicion que se hacía a Santa María i estrechó la union de los partidos que la formaban, el conservador, el radical i la parte mas distinguida del liberal, los que todos, a una voz, pedían libertad electoral i correccion en el gobierno.

El partido liberal lo dejaba esta administracion dividido i profundamente quebrantado, division que habria de ahondarse i multiplicarse durante el gobierno siguiente de don José Manuel Balmaceda.

IV

EL MONTTVARISMO.—SU ORÍJEN I SU CARÁCTER PERSONAL. ELEMENTO PERTURBADOR EN LA POLÍTICA

Antes de formular algunas observaciones sobre la administracion del Presidente Balmaceda, administracion que dió orijen al nacimiento de un nuevo partido, sigamos el órden cronolójico i retrogrademos a los tiempos de la administracion de don Manuel Montt (1851-1861), que, a su vez, dió tambien orijen a un partido, que, si no por su número, por su influencia a lo ménos, ha desempeñado un papel importante en la política chilena.

Los gobiernos que para mantenerse en el Poder han tenido que luchar con las armas en la mano; los que han abierto entre ellos i sus adversarios el ancho i sangriento foso; los que, por su misma situacion militante, han tenido que someter a sus partidarios a una especie de disciplina militar, a estos partidarios que, por otra parte, han debido ser mantenidos estrechamente adheridos al mecanismo gubernamental por medio de empleos, prebendas, contratos, etc., esos gobiernos están comunmente condenados, por la misma excesiva cohesion de sus allegados i por las profundas vallas que los separan de las demas agrupaciones políticas i muchas veces del sentimiento público, esos gobiernos, decimos, están con frecuencia condenados a ser la fuente de nuevas colectividades políticas, de nuevos partidos, en los que, por la razon misma de su nacimiento, predominan, sobre los intereses abstractos de las doctrinas, los intereses meramente personales, i, como tales, estrechos i sin amplitud nacional. Los partidos así formados, sin el elemento de vitalidad que dan el aura popular o la satisfaccion de verdaderas necesidades públicas, recurren para poder vivir i prosperar a espedientes de todo jénero, espedientes que se resumen jeneralmente en la intriga política i en la intervencion electoral. Constituyen, pues, esas agrupaciones, intanjibles por sus doctrinas, un vivo malestar para las sanas corrientes de la política, i llegan a ser, cuando se desarrollan o multiplican, una verdadera plaga o calamidad nacional. Si no existiera otra razon para condenar a los gobiernos que les dan orijen, sería ésa una razon suficiente.

I los países son tanto mas fecundos para producir estas verdaderas excrecencias políticas cuanto ménos espíritu público domine en ellos, cuanto menos ilustrada sea la masa jeneral de sus habitantes i cuanto menos orientacion política en consecuencia exista.

Tal fué lo que pasó con el gobierno fuerte i dos veces convulsionado de don Manuel Montt. Los hombres que se habian congregado para defenderlo, los que para sostenerlo habian luchado durante el célebre decenio que abarcó ese gobierno, pasaron unidos como en un *block*, por la cohesion que dan la lucha i el choque sangriento, a figurar en tienda aparte en la política chilena. Quedó así constituido el partido monttvarista o nacional, como tambien se le llamó. Como partido netamente personal, ha debido predominar, como ha acontecido, el calificativo de *monttvarista*, derivado de Montt, el Presidente, i de Varas, su célebre primer ministro, hombres ambos de talento, de gran carácter i de sólidos principios, mui especialmente en materia de administracion i de orden público.

Tuvo ese gobierno que combatir, durante los diez años de su existencia, dos formidables revoluciones. Sofocó, empero, la revuelta i mantuvo el orden público. Pero, al contemplar este beneficio, cabe preguntar si no fué en su rigor demasiado lejos, si no comprimió excesivamente el sentimiento popular. I habríamos de contestar esta interrogacion afirmativamente si tomáramos en cuenta la huella profunda de antipatía e impopularidad que ese gobierno, como ningun otro, ha dejado en ese mismo sentimiento popular. Es realmente un hecho sugestivo, que llama al punto la atencion del mas superficial observador, cómo, apesar del casi medio siglo trascurrido, todavia permanece cavada esa huella profunda de antipatía i de impopularidad. Creemos que el sentimiento público, cuando es fijo i permanente, no se equivoca. El gobierno del decenio, con sus grandes merecimientos, que los tiene sin duda alguna, se ha atraído por su aspereza i por su rigor excesivos, un fallo adverso i al parecer inapelable de la opinion pública i, mas que eso, del sentimiento público.

Es el partido monttvarista, mas que un partido, una reducida agrupacion o peloton político, tan escaso de influencia popular como fué escaso de popularidad el gobierno de don Manuel Montt. Es mas bien un estado mayor, siempre atento a congraciarse el favor del poder, cuya influencia i cuya sombra son su atmósfera i su vida. No tiene ideales ni doctrinas propiamente políticas, como que lo componen individualidades ya inclinadas al liberalismo, ya inclinadas al conservantismo, i como que no tendria otra razon de ser que su adhesion al orden público, por nadie amenazado. I, en el hecho, ha apoyado ya a gobiernos

francamente liberales, como los de Pinto, Santa María i Balmaceda, ya a gobiernos con pronunciadas tendencias conservadoras, como el de Errázuriz Echáurren (1896-1901). Ha apoyado indistintamente tambien ya a gobiernos de probidad política i administrativa, como el de Pinto, ya a gobiernos sin mayores escrúpulos políticos, como los de Santa María, Balmaceda i Errázuriz Echáurren. No ha obedecido, pues, este partido a norma fija ninguna; se ha guiado esclusivamente por lo que ha juzgado su interes del momento, que no es otro que guarecerse bajo el ala del gobierno, sea con güelfos o jibelinos. Ha sido en todo instante i en toda ocasion oportunista, oportunista *à outrance*. Por este espíritu exajeradamente, i diriamos inmoralmente oportunista, por su falta de rumbos, por su falta de doctrinas, ha sido un elemento perturbador en la política chilena, centro fecundo de las componendas políticas i de las intrigas de los gobiernos inescrupulosos, i un malestar perpetuo para la marcha espedita de los partidos doctrinarios. En partidos como el de que nos ocupamos, crece i se desarrolla lo que llamaríamos *política secreta*, aquella que acude a arbitrios de todo órden, por lo mismo que no se inspira en las corrientes sanas i re-jeneradoras de la opinion o del sentimiento públicos.

No es estraño entónces que en repetidas ocasiones se haya intentado destruir la autonomía de esta verdadera montonera política i diluir sus escasos, aunque influyentes, elementos constitutivos en los partidos de ideas; pero vanamente, porque siempre ha logrado sobrevivir a su sentencia de muerte, i, en alguna ocasion, hasta a su misma acta de defuncion. Muestra, pues, tener la consistencia de una verdadera lojia política.

V

EL PARTIDO RADICAL.—SU FOCO PRIMITIVO I SUS GRANDES APÓSTOLES.—SU VIGOR I CONSISTENCIA.—SU BASE DEMOCRÁTICA.—EN EL GOBIERNO I EN LA OPOSICION.—EL EJE DEL LIBERALISMO.

Si el partido monttvarista carece de rumbos fijos, de color definido i de contornos delineados, no pasa ciertamente lo mismo con la colectividad política que forma el radicalismo chileno. Sus doctrinas avanzadas, sus ideales fijos, su sólida organizacion

democrática i popular, acentúan i concretan su vigorosa personalidad política.

Tuvo el partido radical en la provincia de Atacama su foco i su centro orijinal, en la provincia de Chile precisamente en donde la cultura ha estado mas jeneralmente difundida. Fué esa provincia, fué Copiapó, su capital, la que ya hace un largo medio siglo primero se abrió a los progresos i a los adelantos modernos. Rejion minera, de duro trabajo, de vida intensiva, rejion industrial, estaba sociológicamente indicada para que ahí prendiera la luz del progreso en sus distintas manifestaciones i consecencialmente tambien, la del progreso político. Fueron, pues, los sufridos i acerados mineros de Atacama los fautores del radicalismo, esos mineros enérgicos, fuertes para el trabajo, libres de preocupaciones. I ha conservado el radicalismo su sello de orijen: el carácter, la accion vigorosa, el amor a la libertad.

Sus primeros apóstoles fueron en Copiapó, desde mediados del siglo pasado, los Gallos i los Mattas, cuyos nombres han quedado legendarios en el país i constituyen un símbolo dentro del partido. Entre todos ellos, don Manuel Antonio Matta alcanzó a la mas alta cima. Hombre incorruptible, de convicciones profundas, de alma cristiana, llena de los mas nobles ideales, i con una absoluta castidad de vida i de costumbres—el tipo, en una palabra, del apóstol—abrió a su paso ancha brecha i con él surjió la doctrina i se multiplicaron los discípulos. Solo primero, acompañado despues, luchó sin tregua por el espacio de largos años, sin un solo desfallecimiento a pesar de los contrastes, i a su muerte dejó sólidamente constituido el partido a cuya instalacion i desarrollo dedicó su vida entera. Constituye Matta un hermosísimo ejemplo de carácter i de espíritu verdaderamente republicanos.

Mediante los esfuerzos del que con razon podemos llamar su fundador, el radicalismo fué el primer partido que en Chile se constituyó popularmente. Su base fundamental es, en efecto, la asamblea, o sea la reunion de los partidarios inscritos, asamblea que elije los candidatos que han de representar al partido en el Congreso i que elije a los que han tambien de representarla en la direccion jeneral del partido, en la llamada Junta Central, compuesta no de una muchedumbre, sino de relativamente pocos miembros, circunstancia importante para la eficacia i unidad de la direccion i del gobierno i que los partidos no siempre tienen en vista.

Es, pues, la organizacion radical la organizacion democrática por excelencia. No hai en el radicalismo, a la inversa de la jeneralidad de nuestros partidos, imposiciones autoritarias, *ex*

cathedra. Es ésta una de las circunstancias que mas profundamente distingue a este partido del que le es antagónico en doctrinas, del partido conservador, en donde la voz de la autoridad ha predominado, i endonde, por otra parte, es lójico que haya predominado. Puede afirmarse que ningun partido en Chile tiene una asamblea mas independiente i mas libre de sujestiones i de manejos indebidos. Si bien nos fijamos, es realmente admirable cómo, dada nuestra todavía incipiente educacion i organizacion políticas, puede marchar tan sin tropiezos el mecanismo entero del partido radical, partido que representa ya alrededor de una quinta parte del poder electoral del país.

Este partido que, por sus avanzadas ideas políticas i sociales, nació en la oposicion, al cabo de no muchos años i jermindas esas ideas en terreno fecundo, subia por primera vez en 1875 las gradas de la Moneda i entraba a tomar parte en el gobierno de la República. Fué ello la obra de los tiempos, propulsada por el primer Errázuriz, el Presidente de entónces, i por Matta, el campeon radical. Quedó así constituida la alianza liberal-radical, i el partido conservador, que habia permanecido en el Poder desde 1830, entró a constituir la oposicion. Es éste sin duda alguna, como ya lo tenemos observado, uno de los momentos mas álgidos i trascendentales de la política chilena, como que en él hacia crisis un sistema antiquísimo, cuyo punto de arranque, i descontadas naturalmente las inevitables evoluciones, habremos de irlo a buscar a la misma monarquía española, i como que en él surjian reunidos en un haz, dirijiendo el gobierno, todos los elementos liberales del país.

Fué esta alianza liberal-radical la que sostuvo e hizo triunfar la candidatura de don Aníbal Pinto (1876), uno de los políticos mas probos i considerados de Chile, i cuyo gobierno, segun ya lo hemos tambien observado, se cubrió de gloria inmarcesible por la manera prudente i atinada como, en la guerra contra el Perú i Bolivia, condujo el país a la victoria.

Durante todo el quinquenio presidencial de Pinto, se mantuvo el radicalismo en el poder. Siguió en él durante el primer tiempo de la administracion de don Domingo Santa María. Permaneció despues alejado de este gobierno, haciéndole viva oposicion, como así mismo al que le siguió, encabezado por don José Manuel Balmaceda, porque, si bien es cierto que ámbos gobiernos fueron liberales i progresistas, no lo es ménos que dominó en ellos la inescrupulosidad política, este terrible cáncer que corroe el organismo de las repúblicas sud-americanas, orijinando las mas serias perturbaciones i labrando tantas veces la servidumbre o la infelicidad de los pueblos.

Vuelve a aparecer el radicalismo en el poder con la revolucion

triumfante de 1891, i cooperó al gobierno de don Jorje Montt (1891-1896). Formó despues nuevamente parte de la alianza liberal-radical que exaltó a la suprema magistratura a don Jer-man Riesco, actual Presidente de la República.

Los radicales que en otras partes, por sus ideas exaltadas i no siempre realizables, suelen no ser un elemento mui propicio para el gobierno de los pueblos, han constituido en Chile un excelente elemento de órden i de gobierno. Es ésta una circunstancia que se impone con el relieve inalterable de la verdad para todo aquel que juzga desapasionadamente la política chilena. I la comprobacion de esta circunstancia la tenemos en un hecho irredargüible e incontestable, visible para todos: los gobiernos liberales mas sérios, respetables i considerados que ha habido en Chile han sido proporcionalmente sostenidos por los radicales i de ellos han formado parte. Tal ha pasado con los de Errázuriz Zañartu, Pinto, Montt (Jorje) i Riesco. A la inversa, las administraciones que no hicieron gala de moralidad política, aquellas que levantaron mas resistencias en el pais i produjeron mayores alarmas i dislocaciones políticas, como las de Santa María, Balmaceda i Errázuriz Echáurren, recibieron vivísimo fuego de las tiendas radicales. En estas campañas, el partido jeneralmente ha procedido de acuerdo con los liberales doctrinarios, o sea, con aquella fraccion del liberalismo que, como su mismo nombre lo indica, mantiene, dentro del gran partido liberal, mayor adhesion al credo liberal, a la *doctrina* liberal. Esta fraccion, encabezada por hombres distinguidísimos, es, por decirlo así, el puente de union del radicalismo con el liberalismo.

Por sus ideales fijos i progresistas, por su fidelidad para servirlos, por su sólida i popular organizacion, el partido radical es el nucleo, el nervio i el eje del liberalismo chileno. Es, en consecuencia, el llamado a vigorizar a los demas grupos liberales, tanto mas debilitados en sus doctrinas i en su accion cuanto mas léjos se encuentran del fuego central, cuanto mas lentamente a ellos llega la savia liberal. Tiene i seguirá teniendo el radicalismo un considerable poder de irradiacion doctrinaria. Su programa es de órden dentro del progreso, i ello será así no obstante lo que injenua o maliciosamente hagan sus adversarios en el sentido de identificar al partido con las exajeraciones aisladas de algunos de sus adeptos o con las manifestaciones no siempre justas i bien inspiradas que en ocasiones se han producido en alguna prensa que levanta el pendon radical.

El partido radical, mantenido en buena parte por el brioso i pujante entusiasmo de los jóvenes, tiene delante de sí el porvenir que tiene la juventud.

VI

EL PARTIDO DEMÓCRATA.—CAUSAS QUE OBSTAN A SU PRESTIJIO I DESARROLLO.—CARÁCTER ESPECIAL DEL PUEBLO CHILENO.—ARISTOCRACIA I DEMOCRACIA.

Siguiendo siempre el orden cronológico, tócanos ocuparnos ahora de la agrupacion política llamada partido demócrata.

Como su mismo nombre lo indica, compone este partido el pueblo, o, mas exactamente, la clase proletaria, que ha tendido a agruparse con la mira de defender sus peculiares intereses i de que ellos se hagan efectivos.

Constituido ya en debida forma en muchos de los centros mas industriales i populosos de la República, ha llegado a tener, desde algunos años, representacion parlamentaria, aunque limitada. Uno o dos representantes en la Cámara de Diputados, tal ha sido jeneralmente su fuerza parlamentaria. No ha tenido fuerzas todavía para llegar a la Cámara alta, a la Cámara de Senadores.

Debe reconocerse que la actitud de este partido ha sido en jeneral correcta. No han encontrado eco en él esas aspiraciones desmedidas o anárquicas, que suelen encontrar un campo fecundo de jermiacion en las clases bajas, aspiraciones que ofuscan los criterios no suficientemente cultivados i que dan orijen a reclamaciones irrealizables o absurdas i a actitudes intemperantes o injustas. Es ello un síntoma mas del buen sentido que jeneralmente ha dominado en la colectividad chilena.

Ello no quiere decir, sin embargo, que no haya habido a veces desviaciones de la política que los intereses i el credo del partido le trazan. Por desgracia, estas agrupaciones, formadas por individuos no suficientemente instruidos, suelen ser, mas que otras, esplotadas por la ambicion, el egoismo o las pasiones de los que se dicen sus propios partidarios i hasta a veces de sus propios corifeos. Es lo que ha pasado con el partido demócrata chileno. Ello ha producido protestas violentas en el partido, i el resultado lógico ha sido quebrantos i divisiones.

A fin de prestigiar su accion política i popular, a fin de que el partido pueda mas espeditamente realizar sus objetivos doctrinarios, menester es que levante siempre a sus puestos mas salientes, i mui especialmente a la representacion parlamentaria,

a sus hombres mas puros, a sus hombres de mayor valer cívico. Es, en efecto, casi increíble lo que importa para una causa el mero hecho de la pureza i del prestigio de sus prohombres o apóstoles, así como es igualmente casi increíble, a la inversa, el daño que los jefes le ocasionan cuando, por mas inteligentes que sean, no se inspiran en una sana i perfecta unidad de miras i de conducta.

Otro de los motivos de debilidad del partido demócrata es la corrupcion tan estendida en el cuerpo electoral que lo jenera. Es, en efecto, ya axiomático en Chile que el elector demócrata es supeditable por el dinero. Desgraciadamente, es ello cierto respecto de muchos de esos electores, lo que obsta para que el partido tenga la representacion que debiera. Este malestar no tiene otro remedio que *difundir* la educacion, instruir al pueblo, hacerle comprender sus deberes, i mui especialmente sus grandes e inalienables deberes cívicos. La corrupcion a que nos referimos no tiene, en efecto, otra causa que la ignorancia, que apaga el espíritu público i que contribuye poderosamente a pervertir el sentido moral. Ha de influir algo tambien en esa corrupcion la carencia de sólido prestigio de los hombres a cuyo rededor se congrega el cuerpo electoral.

Influye tambien en la marcha de lento desarrollo del partido demócrata, el carácter especial de la clase popular chilena i el medio, por decirlo así, económico i ambiente en que se ajita.

En parte por su misma ignorancia i en parte por el carácter jeneral de la raza, la clase popular es apática e indolente para todo lo que tenga relacion con el gobierno del Estado o con la marcha política de los negocios. Cuando toma parte en esta marcha, o sea, cuando interviene en las luchas electorales, jeneralmente se deja ciega o fatalmente conducir por los que en él tienen influencia. Su iniciativa es escasa, i por lo regular, nula. Acepta sin contradiccion lo que se le indica.

En jeneral, pues, el pueblo chileno—tomando esta espresion *pueblo* en su sentido mas restringido, o sea relacionándola con las clases bajas o proletarias—el pueblo chileno, decimos, no tiene en jeneral ideales políticos, i no los tiene por la razon fundamental i sociológica de que no siente, hoi por hoi, la necesidad de tenerlos. Está ese pueblo, i siempre hablamos en jeneral, profundamente adherido a las clases altas, las que tienen en él una influencia incontrastable. En ello influyen, desde luego, dos causas a que ya nos hemos referido: el carácter especial i la ignorancia de la clase popular. Influye despues el trato en jeneral benévolo a que se encuentra sometido por esas clases altas, especialmente si consideramos las pocas necesidades o exigencias de nuestro pueblo. Influyen, por último, i principalí-

simamente, estas mismas pocas necesidades o exigencias, relacionadas ya con la misma fisiología de la raza i con las condiciones naturales i económicas del país.

Como es esta última circunstancia la que da en buena parte la clave para la verdadera comprensión del estado social i político del pueblo chileno, creemos necesario considerarla especialmente un momento.

Son realmente admirables las condiciones de frugalidad del trabajador chileno. Se mantiene con mui poca cosa i resiste grandes privaciones. En casi toda la América del Sur son conocidas estas condiciones, i así no es raro que haya dejado su huella de labor en las obras mas importantes, audaces i porfiadas que se han llevado a cabo en este continente.

Su resistencia i enerjía corren, en efecto, parejas con su frugalidad. No es raro tampoco que estas circunstancias, con su valor lejendario i con su gran desprecio por la vida, formen de nuestro *roto*, como vulgarmente se le llama, un soldado admirable. Estas mismas circunstancias de frugalidad, resistencia, enerjía i coraje, contribuyen a darle el carácter aventurero que lo domina, que lo hacen llevar una vida, por decirlo así, nómade, que lo conducen hoy a un confin del país i mañana al otro, i, presentándose la ocasion, a todos los confines del mundo. Puede decirse que en nuestro roto no ha nacido todavía el amor al hogar, la adherencia al suelo. Su frugalidad no le hace apreciar debidamente las comodidades, que ni siquiera procura.

Es un vividor al día, en toda la amplia acepción de este concepto, i no ha aprendido todavía, en consecuencia, las ventajas del ahorro. Todo lo que gana lo gasta, lo dilapida, especialmente en su pasión favorita: la bebida alcohólica.

Está tan ajeno a las comodidades del hogar, que a cualquier observador no podrá ménos de llamarle la atención el hecho profundamente sugestivo de haber, en esta materia, retrogrado respecto de sus antecesores, los indios araucanos, ya que éstos viven en mejores condiciones, en mejores viviendas que nuestros rotos. Desde la primera vez que recorrimos los campos vírjenes poblados de indios, del sur del país, nos resaltó con gran relieve esta circunstancia. La choza del araucano es sólida, relativamente espaciosa, mui bien construida, mientras que la del roto o peon chileno, es pequeña, miserable, sin ninguna resistencia a las lluvias, a los vientos o al cierzo. El indio tiene mucho mas espíritu de hogar; el roto carece de él casi en absoluto, hasta tal punto que, cuando llega a constituirlo, frecuentemente lo abandona a su propia suerte, i es entónces la mujer la que debe velar por su mantenimiento, mal i por mal cabo. El pequeñuelo, crecido a duras penas—sobrevive solo el fuerte

i esta seleccion, naturalmente operada, es la causa de que sea tan parejo el vigor de nuestro pueblo—el pequeñuelo, decimos, sin ninguna atraccion para permanecer en un hogar que casi no existe i con necesidades a que debe proveer, se emancipa desde el primer momento e ingresa sonriente, con el buen humor propio del pueblo chileno, a la vida del trabajo i de la aventura.

El clima, en jeneral benévolo del pais, la fertilidad de su suelo, la facilidad para ganarse una vida que, como lo hemos dicho, no tiene casi exigencias de ninguna especie, contribuyen a la satisfaccion de la clase proletaria i que ésta no sienta, a lo ménos con viveza, la necesidad de cambiar de situacion. No es estraño entónces que no tenga mayores ideales políticos i que, llegado el momento de ejercerlos, trafique con su voto. I ello es tanto mas natural que suceda, cuanto que muchas veces sus corifeos no se mueven en esa atmósfera de prestigio que arrastra multitudes e impone situaciones.

Hemos visto frecuentemente que en el extranjero se asegura que el gobierno de Chile es esencialmente oligárquico. Ésta afirmacion no es en realidad exacta, ya que aquí no gobiernan solo unos pocos, que es la circunstancia característica de los gobiernos oligárquicos. En Chile, como en todas partes, gobierna la clase superior, esto es, la clase ilustrada, i sus diversas tendencias i matices se turnan en el poder. No hai aquí el estrecho exclusivismo gubernativo de unas cuantas personas. Lo que da cierto color de verdad a aquella afirmacion, es la circunstancia ya observada de la adherencia del bajo pueblo a la que podríamos llamar aristocracia, es la circunstancia ya observada de la falta de estímulo o de espíritu público que se nota en ese pueblo, lo que tiene su razon de ser en virtud de las causas a que tambien compendiosamente hemos aludido. El pueblo en jeneral permanece estraño a la lucha pública, o, mas exactamente, sigue el impulso que se le da.

I tanto es cierto lo que decimos, que, contra lo que algunos creen, no hai en Chile esa aristocracia cerrada, ajena a toda invasion estraña. Por el contrario, ella se renueva i se confunde todos los dias con nuevos elementos, i así es mui frecuente que lleguen a dominar i a tomar la direccion pública personalidades salidas de las clases inferiores de la sociedad. I hai tanta distancia en Chile de esa aristocracia que hemos llamado cerrada, de esa aristocracia que llega fácilmente a constituir una especie de clase noble, que cuando se quieren ridiculizar i hacer mofa de las familias que, entre sus antecesores castellanos han, tenido alguno con título nobiliario, se les aplica burlescamente ese título entre las sonrisas de todos. Ni el oríjen de la sociedad chilena, que fué esencialmente plebeyo, ni las ideas democráti-

cas, universalmente esparcidas en el país, forman un terreno propicio para que puedan fructificar una aristocracia o una oligarquía absolutamente estrechas.

I volviendo, para concluir, al partido demócrata, observaremos que los tropiezos que ha tenido son naturales en los partidos populares en los comienzos de su organizacion permanente. Es el líquido rico en sustancias fertilizantes, pero revuelto todavía. La época de la clarificacion llegará, i entónces verá el partido demócrata que tenia delante de sí un hermoso camino, trazado por el porvenir mismo del pueblo.

VII

EL PARTIDO LIBERAL-DEMOCRÁTICO.—SU ORÍJEN I EL GOBIERNO I DICTADURA DE BALMACEDA.—LA REVOLUCION DE 1891.—EL PARLAMENTARISMO I EL SISTEMA PRESIDENCIAL DE GOBIERNO.—POCA CONSISTENCIA DOCTRINARIA DEL LIBERALISMO DEMOCRÁTICO I SUS TENDENCIAS AL PERSONALISMO.

La aparicion del partido liberal-democrático en el escenario político de Chile está estrechamente ligada a sucesos de gran resonancia en la historia de la República. Emerjió ese partido en el momento mas álgido de la política chilena, en el momento en que esa política—la antigua política absorbente de los gobiernos de Chile—llegó a tomar su forma mas acentuada, produciéndose la inevitable i sangrienta crisis. Por esto, por la importancia de los sucesos que entónces se desarrollaron i por la trascendencia que esos sucesos han seguido teniendo, nos detendremos mas de un momento en ellos, aunque sólo sea para recordarlos en sus líneas mas jenerales i características.

El momento histórico de 1891, en que ese partido se condensó, no fué ciertamente sin precedentes. Habia sentido de antemano la opinión pública la opresion del Ejecutivo, su excesiva injerencia en la marcha de los partidos i en la organizacion de los poderes públicos, especialmente en la periódica renovacion del Poder Lejislativo, cuya complacencia era necesaria para la libre i desembozada accion de la intervencion política del Ejecutivo.

La intervencion política i electoral de los gobiernos de Chile habíase mantenido dentro de límites discretos, ya porque no se acentuara en términos demasiado chocantes, ya porque ella tuviera por objeto el interés bien entendido del país, manifestado

en la designacion para los cargos públicos de los hombres mas eminentes i preparados de la nacion. No era raro entónces que esa intervencion contara hasta cierto punto con la complicidad de la parte mas respetable de la opinion pública. No obstante, la pendiente era peligrosa i grande la tentacion a abusar. I esa tentacion era tanto mayor cuanto que, como sabemos, la Constitucion i las leyes i las prácticas en esa Constitucion inspiradas habian investido al Presidente de una gran suma de facultades, centralizando en su mano una gran parte de la vitalidad política nacional i organizando en el hecho un gobierno semi-monárquico.

La resistencia a la política interventora del Ejecutivo comenzó a tomar sus caracteres mas salientes durante el gobierno de don Domingo Santa María, que abarcó el quinquenio de 1881 a 1886. Hombre intelijente, enérgico i sin mayores escrúpulos políticos, trató de dominar en absoluto la situacion i de imprimirle su sello personal. Su intervencion en la vida política de la nacion fué avasalladora i, especialmente en el campo electoral, sin contrapeso, hasta el punto de anular la representacion parlamentaria del partido conservador, que representa alrededor de la cuarta parte del poder electoral de la República. Esta política atropelladora i antirepublicana, levantó vivísimas protestas en la opinion, tanto que, apesar de las tendencias acentuadamente liberales del Presidente, manifestadas en reformas civiles de suma importancia, se le segregó el partido radical i la parte mas importante del liberal, con lo cual se acentuaron mas i mas sus tendencias al personalismo i a la intriga política. En vez de seguir la política amplia de sus predecesores Errázuriz i Pinto, política que reunió en un solo i brillante haz todos los elementos i todas las fracciones del liberalismo chileno, el Presidente Santa María, con sus tendencias absorbentes i manifestamente personalistas, lo desagregó, i fué sin duda alguna la causa primera de la division i subdivision de ese mismo liberalismo i de todas sus fatales consecuencias.

La influencia i la política personales del Presidente Santa María se acentuaron todavía con mayor viveza en las postrimerías de su gobierno, con el apoyo decidido que prestó a la candidatura de su Ministro del Interior, don José Manuel Balmaceda, para sucederle en la primera magistratura. Vivísima i tempestuosa fué entónces la lucha en la opinion i en el Congreso, porque, si bien es cierto era Balmaceda una brillante personalidad intelectual, un espíritu abierto a todas las expansiones del progreso i un orador parlamentario distinguidísimo, no se le creia, sin embargo, con la suficiente ponderacion de criterio i de facultades necesaria para un buen gobierno.

Mediante la influencia preponderante del gobierno, impúsose aquella candidatura, fué vencida la formidable i prestigiosa oposicion de aquella época, i don José Manuel Balmaceda llegó a ser Presidente de la República. Pero quedó el encono áspero de la lucha, mucha desconfianza en el porvenir i, en los espíritus mas penetrantes, el presentimiento vago de desastres para la República.

Habiendo hecho su vida pública en el gobierno como brillante Ministro de Relaciones Exteriores, primero, i como Ministro del Interior, después, al lado del Presidente Santa María, habiendo tenido esa escuela de personalismo, de absorcion de facultades i menosprecio por la opinion pública, era vivamente de temerse que el nuevo Presidente en ella siguiera inspirándose.

Desgraciadamente, azuzado acaso por el contajio del éxito, tantas veces incontenible, i que hasta entónces fielmente lo había acompañado, siguió, con especialidad en la segunda parte de su gobierno, la política absorbente i estrecha de su antecesor. No subió a respirar el aire oxijenado i vivificante de la altura, sino que, como su antecesor tambien, continuó viviendo en la atmósfera pesada i deletérea del personalismo i de la política de círculo, i pretendió contentar i desorientar al pais arrojándole a manos llenas el polvo de oro del progreso material i de las grandes construcciones públicas, como lo hicieron Balta en el Perú, Guzman Blanco en Venezuela i Juárez Celman en la República Arjentina.

Balmaceda, con todas sus brillantes condiciones, no manifestó aquella ponderacion de facultades tan necesaria para el éxito en el gobierno de los pueblos i a que ya hemos aludido. El Presidente arjentino Avellaneda lo calificó exactamente cuando de él dijo que constituía un conjunto raro de cualidades i defectos.

La resistencia de la opinion pública continuó acentuándose. La situacion parlamentaria del Presidente hacíase cada día mas crítica, i se hizo insostenible el día que perdió la mayoría en el Congreso, pues hasta el mismo partido monttvarista, que venía constituyendo, por decirlo así, el vientre complaciente de los gobiernos, ingresó a la numerosa, compacta i prestigiosa oposicion. I el movimiento indignado de resistencia llegó a su colmo cuando se vió que el Presidente quería monárquicamente imponer, contra viento i marea, un candidato de su amaño para sucederle en la primera magistratura.

El Congreso, eficazmente secundado por la inmensa mayoría de la opinion pública, se mantuvo firme i exijió al Presidente que abandonara la absorcion que hacia de las facultades privati-

vas de los partidos, exijióle especialmente el respeto de la Constitucion i de las leyes de la República.

Acaso el Presidente, siguiendo su inspiracion propia, habria cedido, desde que sobre él gravitaba toda la responsabilidad; pero desgraciadamente, i a virtud del vacío que a su rededor se habia hecho de los elementos mas prestigiosos i respetables del pais, rodeábalo ya un círculo estrecho, formado casi exclusivamente por personalidades de segundo o de tercer orden, de aquellas cuya importancia habria en absoluto desaparecido en situaciones normales i de concordia política. Guiado por sus intereses antipatrióticos de predominio artificial i usurpado, ese círculo empujó al Presidente en la resistencia al Congreso, hasta que lo obligó a salvar la valla constitucional, i en el acto se produjo la célebre i popular revolucion de 1891.

Usurpando Balmaceda las atribuciones privativas del Congreso i de los demas poderes públicos, proclamándose dictador por sí i ante sí, ¿quién era en realidad el revolucionario? Semejante pregunta la formula una de las personalidades intelectuales i políticas mas distinguidas del Brasil, actual ministro de su patria en Lóndres, Joaquin Nabuco, que en su notable obra sobre Balmaceda i la revolucion de 1891, manifiesta un talento brillantísimo i un admirable i profundo criterio histórico. Plácenos, pues, apoyarnos en esta autoridad de insospechable imparcialidad, para responder a la pregunta formulada en el sentido de que, filosóficamente hablando, el revolucionario no fué el Congreso ni el pais, que exijian el mantenimiento de la Constitucion i las leyes, sino Balmaceda, que abrogó desatentadamente la una i las otras.

Apesar del tiempo relativamente corto aun trascurrido desde aquel incontenible movimiento revolucionario, es increíble cómo en nuestro mismo pais se desconocen a veces sus causas verdaderas, hasta por personas inteligentes que tomaron parte en él. Así, no es raro oír afirmar, con notable ausencia de criterio, que esa revolucion no produjo ningun buen resultado, que fué una calamidad para el pais.

Si lo que se pretendía con esa revolucion era la transformacion radical de nuestras costumbres políticas, lo que es sociológicamente imposible, ya que es ello siempre fruto de la evolucion i no de la revolucion, es incuestionable que el movimiento de 1891 no produjo todo el resultado que tuvieron en mira los que tal esperaban. Pero es tambien indudable que no podia ser ése el objeto esencial de aquel gran movimiento.

A nadie en Chile—i lo afirmamos de la manera mas absoluta, sin temor de ser desmentidos—se le habria ocurrido hacer revolucion para depurar las costumbres políticas o para suprimir o

limitar la intervencion electoral del Ejecutivo, intervencion que siempre, mas o ménos, habíamos tenido. Sin ir mas léjos, durante el gobierno de Santa María, llegó esa intervencion a extremos casi inverosímiles, aun en la propia capital de la República.

Si el Presidente Balmaceda hubiera intervenido audaz i desenfrenadamente, si hubiera llevado al extremo la corrupcion política, pero manteniéndose siempre dentro de la órbita trazada a su poder por la Constitucion del Estado, la nacion chilena no se habria alzado en armas. Lo que hizo estallar la indignacion popular en una ola tempestuosa de revuelta fué el naufragio de la Constitucion, fué el imperio de la Dictadura.

Un pueblo que soporta impasible el desplome de su Carta Fundamental, del paladion de sus libertades i de su organizacion misma, no merece vivir la vida altiva de los pueblos libres, porque no comprende la trascendencia de sus libertades ni la trascendencia de la Carta que asegura esas libertades. Chile no podia quedar con semejante ignominia sobre su frente: habia sido libre i debia seguir siendo libre. Constitucion i libertad, esa fué su divisa en aquella época memorable, levantada en los campos pacíficos de la opinion, primero, i triunfante en los campos sangrientos de batalla después. «La Constitucion—lo » dijo ya majistralmente el eminente publicista Alberdi — es el » medio mas poderoso de pacificacion i de órden; la Dictadura » es una provocacion perpetua a la pelea, es un sarcasmo, un » insulto sangriento a los que obedecen sin reservas».

La revolucion chilena de 1891 difiere, pues, esencialmente de los demas movimientos revolucionarios tan frecuentes en la jeneralidad de las repúblicas hispano-americanas. No se hizo por levantar a tal o cual caudillo. Fué impersonal, i su objetivo consistió en salvar la vida constitucional del pais, vida que hasta entónces habia trascurrido sin tropiezos desde la fecha ya remota de 1833. Después del movimiento revolucionario de 1810, que nos libertó de la dominacion española, no hai en Chile movimiento mas trascendental que éste, como que nos libertó, no ya de la dominacion extranjera, sino de la tiranía alzada en nuestro propio suelo. Los sacrificios que entónces se hicieron i las vidas que valerosamente se rindieron, no fueron perdidas, ni debemos deplorarlas ni llorarlas con lágrimas de mujer.

Nabuco, en su obra ya citada, dice: «A mi juicio, son dos los » mayores esfuerzos de enerjía que en este medio siglo ha mos- » trado la América del Sur: la resistencia paraguayana i la revo- » lucion chilena ». En ámbos casos se trataba de un gran principio moral, luchando con poderes incontrastables o al parecer incontrastables. Quien conozca la potencia del Ejecutivo en Chile, pais esencialmente centralizado, quien conozca sobre

todo la potencia de ese Ejecutivo transformado todavía en Dictadura, podrá apreciar justamente el concepto del ilustre escritor brasilero.

En otra página de su obra el mismo escritor agrega, con la exactitud que le caracteriza: «Felizmente Chile ha mostrado, » por instinto, que sabe apreciar, como el gran secreto de su » fuerza, la continuidad de sus libertades, hoy inmemoriales, » puesto que las jeneraciones actuales no les han conocido su » orijen.»

No es, pues, difícil prever el fallo definitivo de la historia sobre aquel gran movimiento que conmovió los cimientos mismos de la República: será sin duda alguna el mismo que justiciero ha caído sobre todas las demas revoluciones de índole análoga que se registran en los fastos de la historia.

Empero, la revolucion de 1891 dejó tras sí el inconveniente que es casi inevitable o, mas bien, que es inevitable, tratándose sobre todo de luchas intestinas un poco prolongadas: la profunda division política i hasta social de la familia chilena, ahondada por la represion i las represalias, poco cristianas, pero mui humanas, a que dan orijen las pasiones levantadas por los movimientos revolucionarios, represion i represalias de que ni siquiera se escapó el mas culto de los pueblos de este continente, despues de la mas célebre de las guerras civiles que han ensangrentado el suelo americano: la de secesion.

Pasado los primeros momentos de estupor i desaliento, los tercios vencidos de la Dictadura en 1891 se organizaron como agrupacion política autónoma. Fué así como en 1893 surjió constituido el partido que se llamó liberal-democrático. La base doctrinaria de este partido no se diferencia en jeneral de la del partido liberal sino en un punto de importancia: en que el liberalismo democrático proclama el sistema de gobierno representativo o presidencial (sistema yanqui), en contraposicion al gobierno parlamentario, aceptado este último virtualmente por todos los demas partidos.

Cuando el Presidente Balmaceda luchaba denodadamente contra el Congreso en 1890, necesitaba una base doctrinaria en que fundar su actitud, i solo entónces cayeron en la cuenta los que lo apoyaban que el gobierno que desde 1833 siempre i *nemini discrepanti* se habia creído parlamentario i que como tal invariablemente habia funcionado, no lo era en realidad, pues la Constitucion, decian, establece el sistema representativo o presidencial!

Fué aquella una salida inesperada i realmente orijinal. Fué en realidad un pretesto bastante burdo para encararse al Congreso i preparar la Dictadura. I tan sin precedentes era esa

actitud, que no era ésta la primera vez que el Presidente de Chile se encontraba en pugna o en disidencia con el Congreso; el caso ya habia ocurrido en la historia de la República, e invariablemente el Presidente habia concluido por someterse. Es, en efecto, incuestionable que la Constitucion establece el predominio del Congreso, pues éste dispone de los medios de vida del Ejecutivo.

Pues bien, la enseña del gobierno presidencial—llamado tambien, aunque no con propiedad, representativo—continuó siendo la enseña doctrinaria del partido liberal-democrático. En realidad de verdad, es esta una divisa que ha dejado de ser doctrinaria, para llegar a ser meramente teórica, pues en la práctica se la ha abandonado. La masa del partido, en efecto, ni siquiera se da cuenta exacta de las diferencias i de las ventajas de un sistema sobre el otro, diferencias, por otra parte, no mui aprehensibles a veces ni aun para espíritus cultos. Puede afirmarse, pues, con absoluta certidumbre, que no es ésa hoi por hoi una doctrina que tenga fuerza en la opinion i que pueda mover i dar cohesion a un partido. Adoptada artificialmente para cohesionar una situacion crítica, se la ha en el hecho abandonado una vez la situacion pasada.

Por otra parte, las ventajas, si las tiene, del sistema presidencial sobre el parlamentario, son mui cuestionables, i en buena parte de adaptacion a estados sociales i políticos determinados. En la misma gran república del norte, la tierra orijinal i clásica de aquel sistema, no está su ejercicio exento de inconvenientes. I allá mismo se ha ido modificando, precisamente en el sentido de aumentar las atribuciones i facultades del Congreso; de tal suerte, que en la práctica de las cosas hoi dia no funciona el sistema exactamente como funcionaba en los primeros tiempos de su implantacion.

Chile, por otra parte, durante la mayor parte de su vida independiente, ha marchado, no ya bien, sino magníficamente con el réjimen parlamentario. Si en los últimos tiempos se han producido dificultades i entorpecimientos, ni las unas ni los otros se han orijinado virtualmente del réjimen de gobierno imperante, puesto que ese mismo réjimen nos ha dado en otras épocas excelentes resultados. La verdad es que las dificultades han nacido de otras causas, no del réjimen mismo.

La excesiva amplitud del sufragio a masas sin discernimiento para ejercerlo debidamente; el voto acumulativo tambien excesivamente prodigado; la division i subdivision de los partidos, que en buena parte reconoce por causa ese mismo voto acumulativo excesivamente prodigado, i en parte, aunque menor, las torpezas, malas artes o desaciertos de algunos de nuestros go-

bernantes; las incompatibilidades parlamentarias, llevadas a extremos inauditos i antipatrióticos en un país como Chile, en que las eminencias de la intelectualidad instruida i preparada para el gobierno de los pueblos son aun desgraciadamente escasas—constituyen otras tantas causas que malean i pervierten el sistema parlamentario de gobierno, como malearian o pervertirian cualquier otro sistema.

No debemos, pues, proveer a un cambio de réjimen institucional, sino a que desaparezcan esas i otras causas semejantes de malestar i de desgobierno.

Se comprende ahora por qué no ha constituido mayor base de cohesion i de vida para el partido liberal-democrático el artículo fundamental de su programa: el réjimen presidencial de gobierno.

Si no nació como partido personal, el liberal-democrático tiene muchos ribetes que contribuyen a darle aquel carácter. Proveniente, como el partido monttvarista, de una época revolucionaria, que estrecha a los bandos alrededor de un jefe; formado de toda especie de aquellos elementos que los gobiernos en apuros llaman a sí cuando la revuelta amenaza derribarlos, se diferencia del monttvarismo en su mayor base popular, pues ha jirado en su órbita alrededor de la cuarta parte del poder electoral de la República. Sin que tenga en el hecho una verdadera base doctrinaria que lo distinga sustancialmente de las demas ramas del liberalismo, vive mas que de otra cosa, de los recuerdos de su jefe espiritual, el Presidente Balmaceda, exaltados i engrandecidos por el sacrificio valeroso de este infortunado mandatario, sacrificio que rodeó su memoria de una atmósfera de simpatía i de piedad, que ha contribuido al verdadero endiosamiento que de él han hecho sus partidarios.

I tan poca cohesion doctrinaria siente el liberalismo democrático que, abatiendo los ideales sustentados en su código fundamental, abrogando, al día siguiente de pronunciadas, las solemnes i enfáticas declaraciones de sus asambleas jenerales, renegando hasta de su propio nombre bautismal, pasa sin transicion i sin el menor escrúpulo, del campamento liberal al campamento conservador, en busca, no por cierto de lustre para sus doctrinas, sino tras de los inconfesables intereses personales de sus caudillos.

Un partido que prefiere el triunfo inmediato de sus caudillos i no la preponderancia permanente de sus doctrinas, un partido sin carácter, lleva en su propio seno el jérmen de su disolucion, i es lo que le ha pasado i le seguirá pasando al liberalismo democrático. La division que lo socavó a los mui pocos años despues de constituirse, vuelve hoi a renacer a raiz de otro

transfujio i de otro olvido casi inverosímil de doctrinas i de banderas.

Toda union i reconciliacion que se pacte entre los liberales democráticos divididos, será, a nuestro juicio, deleznable, por carecer este partido del vinculo indispensable: un vigoroso i saliente principio doctrinario que aune indisolublemente las aspiraciones i las voluntades en la rejion impersonal de las ideas. Continuará siendo un partido sin mayor cohesion i, en consecuencia, fácilmente divisible, con tendencias marcadamente oportunistas hácia los beneficios que dispensa el Estado en forma de prebendas, cargos i honores públicos.

Es éste, sin duda alguna, un peligro o, por lo ménos, un motivo de inquietud constante para el liberalismo. Semejantes partidos están condenados a ser presa del personalismo, de las intrigas i de las mascaradas políticas. Tan vivamente se siente i se palpa este peligro que algunos de los miembros mas previosores i prestigiosos del propio partido liberal-democrático ya han lanzado la idea salvadora de que el partido abandone una autonomía que en realidad no tiene razon de ser, para entrar de nuevo a confundirse, como ántes de 1891, con el partido liberal, en beneficio de la estabilidad del gobierno i de la marcha tranquila, segura i próspera de la República.

Desgraciadamente, este primer impulso hácia la unificacion liberal tropezará desde luego con el grave inconveniente de que él será combatido, no precisamente por la masa jeneral del partido, sino por todas aquellas personalidades, hoy dirijentes en él, que perderían su relativa importancia una vez la unificacion producida. Como exactamente lo dice un distinguido publicista frances, prima la pasion profundamente humana de pertenecer a un cuerpo suficientemente restringido para que cada miembro no se sienta perdido en él. Sin embargo, el movimiento hácia la unificacion aumentará en intensidad si, como es lójico que acontezca, no sigue el liberalismo democrático la línea recta que traza siempre el faro brillante de las ideas.

VIII

JÉRMEÑES DE NUEVOS PARTIDOS.— DESCENTRALIZACION:
COMUNA AUTÓNOMA.— IDEALES ECONÓMICOS.— DISCIPLINA I CARÁCTER EN LOS PARTIDOS.

Hemos ya trazado a grandes rasgos el cuadro jeneral de los partidos chilenos. Ellos encauzan las corrientes hasta aquí

pronunciadas de la opinion pública. Hai, sin embargo, aspiraciones aisladas que, andando los tiempos, pueden tambien llegar a constituir corrientes de opinion. Tal pasa, por ejemplo, con las ideas socialistas que algunos espíritus abrigan, los cuales, ya congregados, propagan sus ideas i aspiran a ser el núcleo de un nuevo partido con fuerza en los comicios públicos.

En realidad de verdad, parece que un jérmén de socialismo se anidara en el Estado de Chile i que contajara en cierto modo a todos los partidos políticos, a toda la colectividad. En efecto, en pueblos de escasa iniciativa individual, como el nuestro, en pueblos, sobre todo, como tambien es el caso del nuestro, en que se ve arriba un fisco rico i abajo una colectividad pobre, se tiende naturalmente la mirada al que todo lo puede con sus recursos, se espera de él la ayuda necesaria para vivir o para surgir, en forma de sueldos, prebendas, gratificaciones, etc., i se adormece casi fatalmente la iniciativa individual, fuente perenne de progreso i aliento fecundo de vida.

Entre otros inconvenientes, la victoria que, hace dos décadas largas, Chile obtuvo contra el Perú i Bolivia, enriqueciendo excesivamente al Estado con los depósitos salitreros de Tarapacá, ha quebrantado en parte la enerjía i la iniciativa individual para el trabajo esforzado, i todos fian del Estado-providencia. Por otra parte, una gran riqueza pública arrojada de repente en medio de un pueblo pobre i jóven, no educado suficientemente desde el punto de vista moral, era lójico que rompiese el fiel de la balanza i produjera incontenibles impulsos de corrupcion, que, en ciertos momentos, sobre todo, han amenazado envolvernos. Es de esperar, sin embargo, que el buen sentido que por lo regular ha dominado en el país i la probidad espartana que por tantos años impulsó el movimiento nacional i que, apesar de los contrastes i de las caidas, continúa aun sensiblemente actuando, han de contribuir a que salvemos el escollo sin peligro de naufragio i a que no nos destruya moralmente el deslumbramiento de Tarapacá.

El Estado de Chile, rico como es, en muchas ocasiones no ha distribuido equitativamente los dones de su tesoro. El excesivo espíritu de centralizacion que domina en el país, por una parte, i las influencias preponderantes de ciertas provincias en los hombres de gobierno, por la otra, han sido parte para que unas provincias resulten desproporcionalmente beneficiadas con respecto a otras. No ha sido, pues, raro que se hayan levantado quejas i protestas en las rejiones olvidadas, i en las mas altivas ha

llegado a sonar, aisladamente es cierto, la palabra *federalismo*.

En la provincia de Atacama, por ejemplo, en donde el espíritu de energía i de independencia ha sido siempre mui desarrollado, hoi mismo se hace propaganda por la prensa en favor del sistema federal de gobierno, tocando llamada para la formacion de un partido que sustentara esta tendencia. No encuentra, sin embargo, esa propaganda mayor eco, i no pasa hoi por hoi de constituir ella aspiraciones meramente individuales. Pero, andando los tiempos, alcanzará Chile, nos parece, el gobierno federal, que es el mas perfecto i el mas adecuado para el progreso, siempre que se llenen las condiciones naturales i sociológicas requeridas para el establecimiento eficiente de ese gobierno (1).

I ya en esta materia se ha dado el primer paso. Como consecuencia de la excesiva centralizacion política i administrativa en que desde 1833 se movian los gobiernos de Chile; como consecuencia de los abusos que al amparo de esa excesiva centralizacion se cometian i de la absorcion de poderes i facultades que la misma centralizacion facilitaba, abusos i absorcion que colmaron la medida en 1891 i produjeron el estallido revolucionario de aquel año—como consecuencia de ello nació la idea de la reforma política mas trascendental que ha habido en Chile desde que principió a rejir la Constitucion de 1833. Nos referimos al establecimiento de la comuna autónoma, o sea de la vida independiente de la localidad, del municipio. Esta reforma se impuso como una necesidad, como un contrapeso a las facultades absorbentes del Ejecutivo. Resistida por Balma-ceda, la revolucion triunfante de 1891 la hizo viable i le dió, a fines de ese año, fuerza legal. Sustentada por todos los partidos revolucionarios, ella fué principalmente obra de don Manuel José Irrarrázabal, jefe del partido conservador, personalidad que tenia toda la acentuacion física, moral e intelectual del caudillo, i cuyo espíritu, abierto a las reformas, no encontramos que se aviniera mui bien con el tradicionalismo del partido de que era jefe.

Dióle, pues, esa reforma al municipio toda la libertad que permitian los preceptos constitucionales, o sea, el réjimen unitario de gobierno que esos preceptos establecen. Los municipios tuvieron, pues, relativa autonomia en materia de policía, de subsidios i naturalmente de administracion local. Si esta refor-

(1) Con posterioridad al momento en que redactábamos este artículo, se ha iniciado tambien la formacion de un centro de propaganda federalista en la provincia de Concepcion.

ma ha producido inconvenientes i tropiezos, no son ellos suficientes para barrenarla. Constituye ella un gran progreso, que se hará mas efectivo el dia en que se suavicen prudentemente las exajeraciones de que adolece i que se esplican por la época i circunstancias que inmediatamente la motivaron.

Los ideales económicos no han constituido por sí mismos en Chile partido político alguno. De entre estos ideales, los que han movido a la opinion han sido la cuestion relativa al papel-moneda i a la circulacion metálica i la referente a la proteccion i al libre cambio, mui especialmente la primera.

La crisis económica por que Chile atravesó hace veinticinco años, impuso la adopcion del papel-moneda, réjimen al cual hemos estado sometidos desde entónces con una sola i rápida interrupcion.

Aunque ningún partido, como lo hemos dicho, se ha caracterizado fundamental o doctrinariamente por la adopcion como enseña del papel-moneda o de la circulacion metálica, esta cuestion naturalmente los ha envuelto á todos i, en ciertas épocas, ha contribuido en parte a caracterizarlos. Ello fácilmente se comprende, dada la inmensa trascendencia, no solamente económica, sino tambien política de la cuestion. Los dos partidos que en esta materia han llegado respectivamente a una mayor uniformidad de opinion son el liberal-democrático i el radical. Los liberales democráticos sostienen, casi sin excepcion, el réjimen del papel-moneda, i los radicales, por la inversa, i casi sin excepcion tambien, proclaman las ventajas del réjimen fijo de la circulacion metálica. En los demas partidos, las opiniones están mas divididas, pero en jeneral la tendencia que sensiblemente prepondera es hácia la circulacion metálica, reflejando así la mayoría de la nacion, recelosa del réjimen falaz i peligroso de la moneda de papel. En 1895 esta mayoría impuso la conversion metálica, i, aunque fué establecida a un tipo bajo, dieciocho peniques, no logró mantenerse sino por corto tiempo, pues los intereses dañados por ella se complotaron para destruirla, produciendo una situacion de desconfianza i prevaleiéndose para ello de circunstancias sobrevinientes a la conversion.

Los males que se achacan a la conversion metálica deben buscarse en primer término, fundamental i filosóficamente, en el papel-moneda, en ese réjimen falso i artificial, que, como todo réjimen de esta naturaleza, hace crisis necesariamente i aparece en toda su enfermiza deformidad al contacto de la verdad,

al contacto de la moneda lejitima. Los males de las conversiones son, pues, orijinariamente los males del papel-moneda.

Otra cuestion económica que mueve, aunque mas débilmente, a los partidos en Chile, es el eterno problema de la proteccion i del libre cambio. Entre nuestros partidos históricos, las opiniones están tambien divididas a este respecto, en el seno mismo de cada uno de ellos. Pero, de la corriente jeneral que al fin se forma, en esta materia aparece claramente una tendencia manifiesta a una proteccion, no *à outrance*, sino prudente i moderada, con visible inclinacion al eclecticismo. Por nuestra parte, siempre hemos creido que es ésta la verdadera i mas sábia solucion del clásico e interesantísimo problema.

El único partido que hace verdadera cuestion sosteniendo el sistema protector, es el demócrata, pero, como sabemos, su influencia es aún escasísima, i, ademas, se guia, en esta materia, ántes que por los intereses nacionales, por sus propios i exclusivos intereses, lo que recientemente se ha puesto de manifiesto, pidiendo la derogacion del impuesto moderado que grava hoi, en un quince o veinte por ciento, mas o ménos, la internacion del ganado extranjero, impuesto en alto grado conveniente para el desarrollo de la primera i mas sólida de nuestras industrias, la agricola. Es, en efecto, un grave error creer que Chile carece de condiciones naturales para que en él pueda prosperar la ganadería i para abastecerse a sí mismo, especialmente si nos fijamos en lo escaso aun de su poblacion i en los vastos campos que al efecto pueden aprovecharse en la parte meridional del pais. Por otra parte, el partido demócrata olvida, al pedir la derogacion de este impuesto, que él no grava propiamente a la clase pobre, ya que la alimentacion casi esclusiva de nuestro pueblo proletario, de nuestro roto, es una alimentacion de origen vegetal, basada especialmente en el frejol. I, a nuestro juicio, no hai ninguna conveniencia en modificar esta alimentacion, porque a ella le atribuimos, conjuntamente con las condiciones naturales i favorables de clima i suelo del pais, una parte importantísima en las cualidades admirables de frugalidad, resistencia i enerjía que distinguen tan marcadamente a nuestro roto, respecto del cual nos observaba, hace mui pocos dias, una persona, por decirlo así técnica en la materia, el atleta de un circo que ha recorrido todos estos paises del continente sud-americano, nos observaba, decimos, que en ninguno de estos paises hai hombres tan fuertes, resistentes i vigorosos como el roto chileno. Es éste, pues, un argumento poderosísimo e irredargüible para los que sostienen las ventajas de la alimentacion vegetal, argumento suministrado por todo un pueblo.

Pero, nos hemos apartado incidentalmente de la cuestion i debemos volver a ella.

Es un principio tan conocido que se ha hecho ya vulgar, que el buen gobierno parlamentario reposa en la ancha base de partidos amplia i sólidamente organizados. El gobierno, la administracion i la política de Chile siguieron un rumbo claro i definido i fueron excepcionalmente prestigiosos cuando se encontraron sostenidos por esos partidos, cuando la honradez i los ideales se sentian cimentados graniticamente en los cuerpos sanos i vigorosos de colectividades políticas bien organizadas. Por la amplitud del sufragio a masas ignorantes e inconscientes, por los excesos del voto acumulativo, por la intervencion perturbadora de malos o desgraciados gobernantes i por otras causas de secundaria importancia, hanse producido la debilidad i divisibilidad de los partidos, hasta el punto de segregarse en ocasiones en grupos o cacicazgos, con intereses exclusivamente personales de predominio o de gobierno i, por lo mismo, fatales para el buen gobierno del Estado.

Así como es prestigiosa, eficiente i respetable la accion del carácter individual, así como este carácter predomina con fuerza incontrastable sobre las debilidades e incertidumbres, así tambien es prestigiosa, eficiente i respetable la accion del carácter colectivo, o sea, la accion perseverante, fija i doctrinaria de los partidos, i es así tambien como llega ella a predominar i a tener eco sonoro i eficaz en la opinion, aun en la de los demas partidos de tendencias diferentes.

La hijiene política tiene, pues, por base partidos de doctrinas bien definidas, partidos de ideales profundos i arraigados, de tal suerte que las colectividades políticas que abriguen esas doctrinas i esos ideales no se sientan atraidos por ningun móvil de carácter personal o meramente utilitario.

Los partidos que no respiran esa atmósfera elevada, los partidos que van ciegamente solo tras del medro inmediato, sacrificando las doctrinas, los partidos de tendencia mas o ménos personal, causa son de mala política i de desgobierno. Son ellos los que hacen nacer las intrigas arriba i los que producen la desmoralizacion abajo. Ellos son, por lo mismo, el sólido asidero de los malos gobernantes, de los mandatarios inescrupulosos, de los que no tienen la mirada amplia del estadista, sino el horizonte estrecho del círculo i de la intriga pequeña. Son ellos, esos partidos o grupos personales, los jeneradores de la política

subterránea i de la profunda desconfianza en la opinion, de esa opinion que desea siempre en el gobierno cartas vistas i frentes puras. La gran política, así nacional como internacional, la política fecunda i satisfactoria para todos, es la política honrada i recta, i por lo mismo franca, la que sale siempre á la influencia bienhechora de la luz meridiana, la que no se esconde en las tinieblas de la intriga ni se pierde en las callejuelas del disfraz o del engaño, i esta política saludable no se hace ni puede hacerse con partidos o agrupaciones sin ideales levantados, no se hace ni puede hacerse con partidos i agrupaciones que tienen en grande estima el interes meramente individual de sus adeptos.

Desgraciadamente, en los países sud-americanos muchas veces prima el interes del grupo sobre el interes colectivo, el interes personal sobre el interes patriótico. A abatir esta fatal inclinacion tiende, pues, la organizacion doctrinaria i ámplia de los partidos. A ello tambien tiende la debida i sábia eleccion de los mandatarios supremos, porque, si bien es cierto que las colectividades políticas bien organizadas ejercen sobre esos mandatarios una influencia saludable, no lo es ménos que ellos, a su vez, por la trascendencia del cargo mismo que desempeñan, tienen tambien una grande influencia, buena o mala, sobre la organizacion i marcha de los partidos.

En nuestro país, el diminuto partido o grupo monttvarista, en su carácter de partido esencialmente personal, ha sido siempre el centro mas activo de la intriga política. El partido liberal-democrático demuestra tambien tendencias manifiestas a seguir las aguas de esta política pequeña, i en él resalta un espíritu marcado de mercantilismo. Por obra principalmente de los Presidentes intrigantes o inhábiles, se han solido desprender del partido liberal fracciones o pequeños grupos que han acompañado a esos mandatarios en la obra de zapa de una política menguadamente personal. La fraccion del liberalismo que ha resistido con éxito a estos avances perturbadores, es la formada por los llamados liberales doctrinarios, que, como su mismo nombre lo indica, mantienen el fuego sagrado de la doctrina partidarista i que servirán ciertamente de eje para cualquier movimiento de unificacion del partido liberal, movimiento muchas veces, aun hoy mismo, iniciado, aunque sin el éxito a que el patriotismo aspira.

Los partidos mas impersonales, mas sólidos, de mas carácter, los que suelen dominar con sus banderas las altas cimas de los campamentos, han sido el conservador i el radical, los dos partidos extremos, en donde se extrema tambien i se condensa la doctrina. El primero, sin embargo, como ya lo hemos oportu-

namente observado, sufrió un eclipse moral durante la Presidencia de Errázuriz Echáurren, i una última evolucion política, en la cual ha tomado parte importante i que no consulta los intereses jenerales i permanentes del país, nos demuestra que ha quedado hondamente afectado con la política pequeña de la intriga.

El radicalismo es, sin duda alguna, el partido que ha seguido una línea mas recta, el que ha tenido una organizacion i marcha mas coherente, consecuente i homojénea. Ha habido en él mas carácter en su doctrina i mas carácter en su accion. Si, como nada hace dudar, se mantiene con igual perseverancia en la línea recta de los principios, su influencia, ya se encuentre en la oposicion o en el gobierno, tendrá que irse acrecentando.

El partido demócrata, mas por obra de sus jefes o representantes que de la accion del partido, cuya masa es jenuina i acentuadamente liberal, ha vacilado en su marcha política i no siempre ha sido consecuente con sus doctrinas, lo que ha sembrado en su campo el desprestijio i jérmenes fecundos de division.

Doctrinas, organizacion, disciplina i, cubriéndolo todo como bandera i como coraza, el carácter, tal es el secreto del prestigio, de la vida i de la fecundidad de los partidos.

El carácter, la primera cualidad de los individuos, llega a ser tambien la primera cualidad de los partidos.

Santiago de Chile, Diciembre de 1902.





INDICE

| | Páj. |
|--|------|
| I | |
| Bosquejo jeneral de los partidos..... | 3 |
| II | |
| El partido conservador.—El espíritu conservador del coloniaje.— Actuacion importante de este partido.—La Constitucion de 1833.—En el gobierno i en la oposicion.—Error politico i quebrantamiento del partido conservador.—El clericalismo.... | 5 |
| III | |
| El liberalismo i su primer destello.—La Constitucion de 1828.— La jornada de Lircai.—El Presidente Pérez i la transicion al liberalismo. — Imperio del liberalismo. — Reformas politicas. —La guerra del Pacifico.—Division i debilidad del partido li- beral..... | 11 |
| IV | |
| El monttvarismo.—Su orijen i su carácter personal.—Elemento perturbador en la politica..... | 15 |
| V | |
| El partido radical.—Su foco primitivo i sus grandes apóstoles.— Su vigor i consistencia.—Su base democrática.—En el gobier- no i en la oposicion.—El eje del liberalismo..... | 17 |

VI

El partido demócrata.—Causas que obstan a su prestigio i desarrollo.
—Carácter especial del pueblo chileno.—Aristocracia i democracia..... 21

VII

El partido liberal-democrático.—Su orijen i el gobierno i dictadura
de Balmaceda.—La revolucion de 1891.—El parlamentarismo
i el sistema presidencial de gobierno.—Poca consistencia doctrinaria
del liberalismo-democrático i sus tendencias al personalismo..... 25

VIII

Jérmenes de nuevos partidos.—Descentralizacion: comuna autónoma.
—Ideales económicos.—Disciplina i carácter en los partidos..... 33



